

J. CAMARENA

## LA VIRGEN DE LOS DESAMPARADOS DURANTE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

*Al M. R. e Ilmo. D. Guillermo Hijarrubia, en recuerdo de un «grave» problema relacionado con este trabajo, que un día consiguió un premio de la Archicofradía de la Virgen de los Desamparados.*

El pueblo español, a través de los siglos, ha creído firmemente en la doctrina agustiniana del providencialismo histórico. Su honda y sincera religiosidad le ha llevado con frecuencia a buscar una explicación sobrenatural de los hechos cuando no la ha encontrado humana y plenamente satisfactoria. Ha creído, entonces, en una intervención de la Providencia que rige los destinos de la humanidad y de cada uno de los mortales; ha visto en tales ocasiones la mano de Dios, cuya ayuda antes solicitó fervorosamente.

En toda España, en general, se atribuyó la intervención divina en los asuntos bélicos a los buenos oficios del apóstol Santiago, quien, en algunos momentos y según la tradición piadosa, ha tenido una acción directa y una presencia corporal en las batallas contra los infieles.

Hace casi cinco siglos que Valencia tiene por patrona a la Virgen de los Desamparados y a Ella acude en todas sus angustias a solicitar su protección o a darle gracias hasta por las cosas más nimias y en las que precisamente se pone más de relieve el intenso fervor de los valencianos hacia su *Maredeueta*. Un viaje felizmente realizado, unos exámenes aprobados, cualquier apuro, por pequeño que sea, llevan a los pies de la Señora a sus devotos hijos para implorar su protección o agradecerle los favores recibidos.

Cuánto más en aquellas ocasiones que hemos señalado, en que nada humano pudiera dar una explicación plausible del éxito alcanzado. Es lógico, pues, que ante los ojos de los valencianos aparezcan tales triunfos como debidos a las súplicas que *la Mareta* dirige a su Divino Hijo en favor de su bienamado pueblo; y que, por tanto, se hayan atribuido a su intervención algunas de las victorias logradas frente al enemigo, victorias que, por lo menos en el momento de producirse, parecieron incomprensibles.

Una de ellas condujo a la proclamación de la Virgen de los Desamparados como Generalísima de Mar y Tierra. Las causas del triunfo fueron tan inexplicables que el mismo capitán general de la región, convencido de que sólo podía deberse al amor de la Virgen a su pueblo, fue el primero en proponer tal nombramiento.

\* \* \*

Nunca estuvimos más desamparados que en aquellos primeros años de la Guerra de Independencia, cuando los ejércitos napoleónicos, que acababan de dominar Europa, intentaron hacer lo mismo con nuestra Patria, oficialmente incapaz de resistirles. ¿Qué podía hacer contra Napoleón un ejército vencido de antemano? Y vencido porque muchos de sus jefes tenían la convicción de que nada se podía hacer, de que era una temeridad oponerse al triunfador de Arcola y Austerlitz.

Mas en otras ocasiones ya se había demostrado que la potencialidad de España no radicaba única y exclusivamente en su representación oficial, sino en la armónica conjunción de ésta y el pueblo español, base integrante de la Patria. Ahora poca resistencia podía ofrecer un ejército que interiormente sentía admiración por quien, triunfando sobre todas las coaliciones europeas, había demostrado un superior genio militar; que veía las mejores plazas de la Península ocupadas por el invasor y que, además, tenía que acatar las órdenes de un gobierno que seguía los dictados de Murat.

Pero Napoleón no había tropezado aún con la rabia y el desdén de un pueblo que ve hollado impiamente lo que más quiere: su rey, destronado y prácticamente prisionero; su Patria, arteramente invadida; escarnecida su religión; pisoteados los objetos del culto, y su familia ultrajada. Sobre todo no había tropezado con un pueblo que manifestara tales sentimientos recurriendo a las armas para, con la fuerza de la desesperación, recuperar lo que le había sido arrebatado, castigar al tirano y demostrar al mundo que éste no era invencible.

Y excusado resulta exponer la de veces que el pueblo español había demostrado su tenacidad y valor en casos semejantes: basta con los ocho siglos de Reconquista.

No vamos a relatar aquí los acontecimientos de todo tipo que condujeron al Dos de Mayo madrileño; sólo diremos que hasta Valencia había llegado el eco de aquella gloriosa jornada y que nuestras autoridades, siguiendo las órdenes del gobierno y del gran duque de Berg, habían presentado aquel hecho como una insurrección popular contra el gobierno que representaba al monarca.

Sin embargo, existía un movimiento popular que de vez en vez se manifestaba en airadas protestas contra lo que estaba ocurriendo, movimiento que comenzó a organizar el patricio don Manuel Bertrán de Lis. Este movimiento se mostró violentamente al conocerse la noticia de la abdicación de Fernando VII; pero ni el entonces capitán general de Valencia, Marqués de la Conquista —partidario de Napoleón, por el cual sentía gran admiración y temor al mismo tiempo—, ni sus subordinados quisieron hacerse cargo del mando de las fuerzas populares que se les ofrecieron para combatir al invasor. Y gracias a la decidida intervención del Padre Rico aquella patriótica sublevación no se convirtió en uno de esos movimien-

tos turbulentos en que se suele desembocar cuando falta una dirección adecuada.

Mas el grito de independencia lo iba a dar en la ciudad del Turia *El Palleter*, Vicente Doménech, humilde vendedor de pajuelas para encender el fuego —como si estuviera predestinado por su oficio—, en una escena que han inmortalizado los pinceles de Sorolla. A la puerta de la Lonja, ante un corro de gente que comentaba airadamente la felonía francesa, se quita la faja colorada que llevaba, la reparte en trozos entre los circunstantes, se reserva para él un trozo grande y, clavando en aquella improvisada bandera una estampa de la Virgen de los Desamparados y otra de Fernando VII el Deseado, que profusamente se repartían en aquel momento, exclama patéticamente:

—*Cavallers, un pobre palleter li declara la guerra a Napoleó...<sup>1</sup>*

Efectivamente, una multitud de *pobres palleters* y *pobres pagesos* y pobres menestrales madrileños y gente de toda condición, desde el noble de más rancio abo- lengo hasta el último paria, se levantaba contra el vencedor en cien combates, para vergüenza de los que, más tibios o más razonadores, prefirieron someterse al yugo extranjero. Sólo el corazón guió en los primeros momentos a aquellos patriotas que se sublevaban contra todas las leyes de la lógica. Mas realizóse aquella armónica conjunción de que hablábamos antes y se realizó el milagro, porque milagro fue realmente.

El entusiasmo popular y de la parte sana de los nobles en aquellos primeros días debió de ser verdaderamente grandioso. Todos se pusieron en pie de guerra y muchos contribuyeron con donativos espléndidos. En una de las numerosas relaciones que de éstos se publicaron hallamos que la duquesa de Almodóvar contribuyó con un millón de reales de vellón; el Cabildo eclesiástico de Valencia, con medio millón y «en caso necesario toda la plata de la Santa Iglesia», y el director de *El Diario de Valencia* con casi todo lo que tenía y su propia persona —debemos creer que su edad sería por lo menos madura— si la Junta lo estimaba útil para algún servicio<sup>2</sup>.

Las autoridades militares y la asamblea del Real Acuerdo de Valencia se encontraban ante el temor al Corso y el temor al pueblo insubordinado, por lo que trataban de contemporizar y justificar su actitud ante el gobierno de Madrid; pero ante la violenta reacción popular acabaron cediendo y nombraron jefe de aquellas fuerzas al conde de Cervellón, quien en principio, creyéndolo una temeridad, quiso resistirse, pero se vio obligado a aceptar.

Había llegado a Valencia a últimos de mayo, desde Madrid y huyendo de los franceses, el canónigo Calvo, quien trató de provocar aquí una insurrección popular y entrar a formar parte de la Junta constituida, la cual rechazó su petición. No abandonó por ello sus proyectos y al fin consiguió convencer a parte del pueblo, mediante una falaz estratagema, de que los franceses que se hallaban en la ciudadela protegidos de las iras del pueblo intentaban fugarse —él mismo les incitó a huir— y

<sup>1</sup> PERALES, JUAN BAUTISTA, Continuación de las *Décadas de la Historia de Valencia*, de ESCOLANO, t. III, p. 656, col. b., Valencia, 1880. De dicha obra se han tomado otras noticias de carácter general que forman parte de este trabajo.

<sup>2</sup> Suplemento al *Diario de Valencia* de 5 de junio de 1808.

los hizo pasar a cuchillo por sus secuaces. Ni aun el ascendiente que sobre el pueblo tenía el Padre Rico consiguió detener la matanza; mas este buen religioso hizo luego detener, juzgar y ajusticiar al autor de tan criminal hazaña.

Ocurría esto por los días en que se dirigía hacia nuestra ciudad la división del mariscal Moncey. Como era normal, en ella formaban numerosos españoles enro- lados a la fuerza, quienes al llegar a Cuenca desertaron y se encaminaron a Valencia para unirse a los que aquí pretendían resistir a las tropas francesas.

Se encargó de la defensa de Almansa al conde de Cervellón con tropas del Sureste mientras que de Las Cabrillas se encargaba don Pedro Alonso con tropas de la ciudad y su provincia, que fueron derrotadas por el superior armamento, disciplina y técnica del ejército francés, primero en Puente Pajazo, sobre el Cabriel, y luego en el puerto de Las Cabrillas, el 23 de junio. Moncey tenía con ello abierto el camino hacia Valencia, a cuyas inmediaciones no tardaría en llegar.

En un movimiento del tipo de la Guerra de la Independencia siempre ocurren algunas imprevisiones que pueden tener consecuencias verdaderamente desastrosas. En Valencia todo el mundo se había preocupado de armarse, pero nadie de poner la ciudad en estado de defensa, por lo que cuando Moncey, desde Buñol, donde había establecido su cuartel general, intima la rendición, la Junta Suprema del Reino quiere aceptar, mas se ve obligada por la Junta Popular a responder al general francés que resistirían hasta morir.

Rápidamente se organiza la defensa de la ciudad, las tropas se aprestan, los jefes huyen para que el pueblo no les mate y en aquel momento se presenta el general don José Caro, hermano del heroico marqués de la Romana, que venía desde Mogente con 2.000 hombres. La insubordinación se calma y Caró lo organiza todo para esperar al enemigo en San Onofre; al día siguiente se quedó helado de estupor cuando vio que le restaban muy pocas de aquellas tropas que había organizado, pues la mayor parte se habían ido durante la noche por no someterse a la disciplina.

Ese 25 de junio vence Moncey en San Onofre a las fuerzas que le pudo oponer el general Caro, e intima de nuevo la rendición. La Junta Suprema quiso de nuevo capitular, pero el Padre Rico, apoyado por el pueblo, les «convence» de que deben seguir resistiendo.

Ante la rotunda negativa atacan de nuevo los franceses y tratan de apoderarse de las Torres de Cuarte. El cañoneo es constante y hoy siguen mostrando patentes huellas de ello. Es ahora cuando aquellas fuerzas indisciplinadas que medio abandonaron a Caro en San Onofre resisten hasta morir con la fuerza que da la desesperación.

Los labradores de la huerta se habían organizado en pequeñas cuadrillas; vestidos con sus pintorescos zaragüelles y armados con retacos, trabucos, puñales, hoces y todo género de instrumentos con los que se pudiera «matar franceses», no tenían más ventaja que su perfecto conocimiento del campo y su indomable valor.

Acribillan a los franceses desde Campanar, les hacen retroceder y en ese momento, cruzando velozmente el río, les acuchillan; Moncey se ve obligado a enviar refuerzos que hacen retroceder a aquellos héroes. Como los puntos atacados no

ceden, el francés dirige sus ataques a otros y tropieza con la misma resistencia; la ciudad no cede y la huerta está plagada de sembrados de cáñamo y acequias y desde aquéllos los acribillan al cruzar éstas.

En esa gloriosa jornada del 28 de junio de 1808 se cubrieron de gloria cuantos en ella tomaron parte, hasta los franceses. Fracasado, Moncey inicia su retirada el 29 por la mañana ante una resistencia que nunca hubiera creído encontrar por parte de un pueblo desarmado y a quien tan fácil le había resultado vencer en Las Cabri-llas y en San Onofre.

Hemos visto que *El Palleter* dio su grito de independencia bajo la advocación de la Virgen de los Desamparados, cuya protección no había abandonado a Valencia en estos tristes y heroicos días. La fe que los valencianos tenían en Ella les hizo ver en el triunfo logrado sobre los franceses un evidente milagro<sup>3</sup> y no dudaron un solo instante en atribuirlo a la Virgen.

Si ahora vemos constantemente llena la Basílica de la Virgen de agradecidos devotos, ¿qué ocurriría en aquellos momentos en que a Ella atribuyeron la salvación de todo aquello por que luchaban? El 17 de julio se celebraba en la Catedral un *Te Deum* solemne en acción de gracias por la retirada de Moncey y el siguiente día aparecía en la prensa una composición poética —por cierto bastante floja— titulada: *Valencia agradecida. Oda anacreóntica en obsequio de la Santísima Virgen María por su distinguida protección de esta Ciudad en el ataque que sostuvo el día 28 de junio de este año*, y que apareció firmada por D. C. E.<sup>4</sup> Finalmente, el 24 del mismo mes comenzaba en la Real Capilla de los Desamparados el *Triduo de Gracias*, en el que predicó elocuentemente el doctor don Juan Bautista Fabregat<sup>5</sup> y exaltó la milagrosa victoria obtenida, merced a la protección de la Patrona, sobre el ejército francés.

El peligro desapareció momentáneamente con el triunfo que Castaños y Redding obtuvieron en Bailén sobre Dupont y con la consiguiente retirada de los franceses hacia el Norte de España. Para dar gracias a la Virgen por la protección dispensada e implorar el feliz éxito de una guerra que comenzó mejor de lo que podía esperarse, el Cabildo eclesiástico trasladó en procesión la veneranda imagen desde su Capilla al altar mayor de la Catedral, donde durante tres días —23 al 25 de noviembre de 1808— se celebraron solemnes rogativas<sup>6</sup>. Todos conocemos el indescriptible entusiasmo que cada año se renueva a primeros de mayo en dicho traslado; debió de ser entonces verdaderamente apoteósico, ya que al fervor que ahora tenemos se unía la convicción de que les había salvado de un terrible peligro y de que les iba a salvar definitivamente de él mediante la próxima y rápida expulsión de los depredantes invasores.

Con motivo de dichas rogativas se publicaron unos versos del mismo autor citado, y tan malos como los anteriores, en los que, tras exponer las atrocidades

<sup>3</sup> RODRIGO PERTEGÁS, JOSÉ, *Historia de la antigua y Real Cofradía de Nuestra Señora de los Inocentes, Mártires y Desamparados*. Valencia, 1922, p. 419.

<sup>4</sup> *Diario de Valencia*, 18 de julio de 1808.

<sup>5</sup> *Diario...*, 24 de julio de 1808.

<sup>6</sup> *Diario...*, 23 de noviembre de 1808.

cometidas por las tropas napoleónicas, se suplica la protección de la Madre de los Desamparados<sup>7</sup>.

Esta íntima convicción del pueblo valenciano de que sólo al amor de su Virgen se debía el triunfo logrado, condujo a la petición a las autoridades competentes de que se le confriese el título bien merecido de Generalísima de los Ejércitos de Mar y Tierra y, en consecuencia, se le tributasen los pertinentes honores militares.

No era ésta la primera vez que se manifestaba tal deseo. Cuando a principios de 1789 se preparaban en Valencia las fiestas para celebrar la proclamación de Carlos IV, el Cabildo de la ciudad, reunido en sesión ordinaria, acordó suplicar al monarca que como Zaragoza tenía el privilegio de que «cuando saca a la imagen de Nuestra Señora del Pilar le rinde las Armas la Tropa» y Valencia deseaba rendir idénticos honores a su Patrona, lo permitiese en las próximas fiestas en las que se iba a sacar en procesión la imagen original «por razón de gracias para el feliz Reinado de nuestro Monarca don Carlos IV»<sup>8</sup>. Ni el reinado fue tan feliz como se esperaba ni se consiguió lo solicitado, a pesar de los buenos oficios, entusiasmo y amistades que puso el buen patricio valenciano conde de Olocau y marqués de Llanera, a quien se encargó en Madrid de la tramitación de tal instancia.

Continuaron las rogativas y novenarios a la Virgen ante lo urgente del caso, ya que las tropas francesas habían acabado con la titánica resistencia que Palafox les ofreciera en Zaragoza —20 de febrero de 1809— y también continuaron apareciendo versos del citado autor y del mismo corte<sup>9</sup>.

De nuevo el Cabildo seglar, manifestando los deseos patentes de todo el pueblo, toma la iniciativa al aprobar en su sesión del 29 de mayo de 1809<sup>10</sup> la exposición presentada por el regidor don Antonio Pascual de dar las gracias a la Virgen de los Desamparados «por los muchos beneficios que nos ha dispensado y obligarla a que los continúe en adelante»<sup>11</sup>. Entonces se citó a dicho regidor para el tercer cabildo de junio en que se trataría de su exposición al par que de otras por el mismo motivo presentadas.

Efectivamente, en el cabildo ordinario del 15 de junio<sup>12</sup> encontramos una casi copia de la solicitud del señor Pascual y una amplia referencia al asunto tratado. No se limitaba dicho regidor a exponer «el veinte y ocho de junio de mil ochocientos y ocho, fue día de victoria y triunfo para esta Ciudad por haber en pocas horas hecho levantar el asedio que había puesto el ejército Francés, haciéndole huir vergonzosamente con pérdida de mucha gente»; más aún, aseguraba «que tan feliz suceso (por estar la Ciudad sin defensa) se devió visiblemente a la protección de nuestra Madre y Patrona la Virgen de los Desamparados, como todos lo conocieron y a una voz lo confiesan...»

<sup>7</sup> *Diario...*, 24 de noviembre de 1808.

<sup>8</sup> Archivo Municipal de Valencia (AMV), *Libros de instrumentos del Cabildo*, signatura D-165, fols. 76 v. a 77.

<sup>9</sup> *Diario...*, 21 de marzo y 2 de abril de 1808.

<sup>10</sup> AMV, *Libros de instrumentos del Cabildo*, D-205 (acuerdos).

<sup>11</sup> RODRIGO señala como fecha el 25 de mayo, que en realidad es la del documento y no la del acuerdo.

<sup>12</sup> AMV, D-205.

Y ante el apoyo de todo un pueblo que reconocía en su Patrona la causa eficiente de sus triunfos militares, su petición no se reducía, pues, como podría desprenderse de la sesión citada anteriormente, a que el 28 de junio de cada año se celebrase una fiesta en acción de gracias a la Virgen, además de un actual desagravio a Jesús Sacramentado por los sacrilegios cometidos por los franceses y un funeral por el alma de los que cayeron en la desigual lucha contra el invasor, sino que ponía de nuevo sobre el tapete lo suplicado a Carlos IV de que se aclamase «por Generala y aun Generalísima de esta Ciudad y Reyno a nuestra Patrona, y que siempre que salga en procesión su santa Ymagen se le hagan honores militares y se dispare la artillería del Baluarte».

Aunque el Ayuntamiento deliberó que los comisarios de fiestas se hicieran cargo de la citada exposición para que, teniendo en cuenta lo que se había pedido al anterior monarca, tratasen de lograr el privilegio antes y entonces tan deseado por los valencianos, todo quedó de nuevo en agua de borrajas. Tal vez porque no era precisamente entonces la mejor ocasión para hacer tal petición; creemos que hubiera sido mucho más oportuna y casi de seguro concedida al día siguiente de la victoria sobre Moncey, cuando estaban más exaltados los ánimos y el capitán general, posiblemente coaccionado por la Junta Popular, hubiese accedido a ello; como más oportuna lo fue, y nos lo demuestra el que fuesen las mismas autoridades militares las peticionarias, al día siguiente de la incomprensible retirada de Suchet.

La guerra se había alejado de nuestra región, mas el entusiasmo de los valencianos no decreció por ello. Multitud de estos valientes luchaban en otras provincias a las órdenes de Castaños, Wellington o cualquiera otro de los generales que en nuestra Patria se cubrieron de gloria; y en la ciudad se preocupaban constantemente por enviar subsidios con que pagar estas tropas, vestimenta o armas para ellas y aun grandes cantidades de vendajes para los hospitales. Siguen siendo numerosas las listas de donativos de todas clases que se publican en el *Diario de Valencia* de aquella época.

La venida de Napoleón a la Península había restablecido momentáneamente el triunfo de sus ejércitos y repuesto en Madrid a su hermano José. El desprecio del pueblo español por el monarca usurpador, indudablemente de más valía que el usurpado, era tremendo y sólo podemos formarnos una idea de él a través de las anécdotas, caricaturas y relatos de cualquier clase que, reales o ficticios, se publicaban con profusión<sup>13</sup>.

A fines de febrero de 1810 el Estado Mayor francés en España ordenaba al general Suchet que desde Zaragoza, donde se hallaba, se dirigiese hacia Valencia con dos divisiones; una que pasaría por Teruel y Segorbe y otra que por Morella y San Mateo desembocaría en La Plana para costear luego hasta la Ciudad del Turia. Otros ejércitos debían converger sobre ella por Cuenca y Almansa.

En Valencia habían cambiado las cosas en relación a junio de 1808. La ciudad se hallaba mejor defendida, aunque nada podía hacer frente a los atacantes, y en su organización habían desaparecido los que hoy llamaríamos «quintacolumnistas».

<sup>13</sup> Abundan en las páginas del citado *Diario* correspondientes a estos años.

El marqués de la Conquista había sido sustituido por don José Caro, general que si bien había sido vencido en el combate de San Onofre había defendido, en cambio, brillantemente la ciudad frente a Moncey. El intendente general Aspiroz, a quien se acusaba públicamente de partidario de Bonaparte, fue destituido y ocupó su lugar Canga Argüelles. Y constituida en Sevilla y luego en Cádiz la Junta Central Suprema, había aquí un representante de ella, el barón de Sabasona.

Ante la inminencia del peligro el capitán general, convencido de la eficacia del mando único, suspendió las funciones de la Junta Suprema del Reino y las asumió él<sup>14</sup>; y al mismo tiempo el Ayuntamiento excitaba a los vecinos a entrar en la ciudad cuantos víveres pudiesen<sup>15</sup> ante el temor de un asedio prolongado, como lo habían sido los de Zaragoza y Gerona, ya que nuestra ciudad estaba dispuesta a resistir mientras en ella quedase alguien con vida. Caro, a quien no se le olvidaba la deserción en masa frente al enemigo en la noche que precedió al combate de San Onofre, publicaba un bando diciendo que «qualesquiera que falte al servicio a que se le ha destinado será pasado por las armas»<sup>16</sup>.

Lo cierto es que Suchet, despechado contra sus propios jefes por no haber recibido los refuerzos prometidos desde Madrid y recordando la dura experiencia sufrida por Moncey, no se atrevió a atacar la ciudad, a pesar de haber intimado la rendición el día 6 de marzo desde su cuartel de El Puig, y en la noche del 10 al 11 levantó el campamento e inició la retirada.

El pueblo, que tanto había rogado a la Virgen y confiado en Ella, atribuyó una vez más el feliz suceso a su especial protección, ya que era inexplicable la retirada francesa, y ellos eran incapaces de todo punto para hacer frente a tan poderoso ejército, aun cuando estaban más organizados que en 1808.

Haciéndose eco del clamor popular y siendo el primero en reconocer la especial protección de la Virgen hacia aquellos sus desamparados, el mismo capitán general, don José Caro, en el mismo 11 de marzo, cuando el hoy templo basilical debía de estar rebosante de agradecidos hijos de María, ofició a Fray Joaquín Company, arzobispo de Valencia, manifestándole su deseo de que se nombrase «Generalísima de nuestro Ejército a nuestra Señora de los Desamparados para mostrar de algún modo nuestra gratitud a esta Divina Señora por los grandes y repetidos favores que por su intervención nos dispensa nuestro Dios y Señor»<sup>17</sup>.

El arzobispo creyó llegada la ocasión que él debía esperar como el primero de los valencianos, e inmediatamente cursó otro oficio al Ayuntamiento comunicando la petición del capitán general y añadiendo que como le parecía «que este pensamiento ha de ser el más grato a este M. Y. Ayuntamiento por la tierna devoción que profesa a esta Soberana Madre» les rogaba se pusiesen de acuerdo con el

<sup>14</sup> *Diario...*, de 3 de marzo de 1810.

<sup>15</sup> *Diario...*, de 5 de marzo de 1810.

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> AMV; *Libros de instrumentos del Cabildo*, D-208 (documentos). No hemos podido utilizar el oficio original del capitán general; el texto consignado se halla explícito en el oficio que dirigió el arzobispo al Ayuntamiento y que se encuentra *in loc. cit.*



Cabildo eclesiástico para realizar «las fiestas correspondientes a tan digno objeto»<sup>18</sup>.

Como hemos expuesto, las anteriores peticiones de que se nombrase a la Virgen de los Desamparados Generalísima de Mar y Tierra habían partido siempre del Cabildo de la Ciudad. Cuánta alegría no sentirían ahora que se realizaba lo que tantas veces habían intentado. Inmediatamente dio poder a don Pedro Catalá y don Nicolás Máñez, comisarios de fiestas, para tratar sobre ello con el Cabildo eclesiástico y que se contestase al arzobispo dándole cuenta de «la complacencia de la Ciudad» y de las disposiciones tomadas<sup>19</sup>.

El Ayuntamiento sólo pedía que se verificase la fiesta el lunes siguiente, día de San José, y con la mayor magnificencia e iluminación dicho día y la víspera, si fuera posible.

Como consecuencia de todos estos acuerdos se publicó un «Aviso público» por el Cabildo de la Ciudad<sup>20</sup> y firmado por el barón de Santa Bárbara, en donde se manifestaba la indudable protección de la Virgen de los Desamparados a su ciudad, que «no puede ponerse en duda sin cerrar los ojos a la luz de la verdad y a la evidencia», especialmente desde que el pueblo se sublevó contra Napoleón dando «el grito de la libertad para evitar las cadenas de la esclavitud próximas a agoviar su cuello y para defender la religión santa». De nuevo le atribuye la victoria conseguida frente a Moncey y «la serenidad y acierto de los que mandaban y el... puntual cumplimiento de los que obedecían». «A la protección de nuestra Patrona debe atribuirse la retirada, que es casi precipitada fuga, del enemigo y que por ello cesase la devastación que hacía en nuestra hermosa vega.»

Convencido de todo ello, el Ayuntamiento quería rendirle las debidas gracias cuando se le adelantó el capitán general y se llevaron a cabo los trámites de que hemos dado cuenta. A continuación comunica las ceremonias a realizar, que detallaremos posteriormente, y acaba exponiendo que siendo tan pública como edificante la constante presencia del pueblo en la Real Capilla, no cree necesario se le invite a dichos actos, sino que basta con que se le avise, para que en masa asista y una sus votos a los del Gobierno implorando del Todopoderoso continúe protegiéndoles «por la mediación de nuestra Patrona y Generalísima Nuestra Señora de los Desamparados».

El fervoroso entusiasmo de Valencia debió de ser indescriptible ante tal anuncio, pues la noticia ya habría cundido antes por toda la ciudad. El mismo día se celebró una solemne fiesta a la Virgen «bajo la invocación de las Batallas y del Milagro» en el Real Convento de San Francisco<sup>21</sup>, y por la noche, estando iluminada toda la ciudad, pregonaron en vuelo general la gloria de María todas las campanas de Valencia<sup>22</sup>.

Aunque el Cabildo seglar pidió por medio de sus comisarios de fiestas al eclesiástico que la proclamación de la Virgen se verificase el día de San José, lunes

<sup>18</sup> *Ibidem.*, fol. 100 y oficio.

<sup>19</sup> AMV, D-207 (acuerdos), sesión del 13 de marzo.

<sup>20</sup> *Diario...*, de 17 de marzo de 1810.

<sup>21</sup> *Diario...*, de 17 de marzo de 1810.

<sup>22</sup> *Ibidem.*

19 de marzo de 1810<sup>23</sup>, se acordó que el domingo se hiciese el traslado y el lunes por la tarde la procesión, a la que los representantes del Ayuntamiento debían ir con traje de gala<sup>24</sup>.

Realizado con gran fervor el traslado desde la Capilla a la Catedral el domingo a las ocho de la mañana, la imagen primitiva de la Virgen de los Desamparados se colocó en el altar mayor de la Catedral y aquel pensamiento «que hizo nacer la devoción y lo fomentó el agradecimiento» plasmóse en gloriosa realidad.

El Excmo. Sr. D. José Caro, capitán general, ofreció a la Virgen el fajín y el bastón de mando, que recogió en una bandeja de plata el capellán mayor, don Francisco Cayetano Nogués, y fueron bendecidos por el señor arzobispo. Luego, entre la trémula emoción de miles de almas pendientes del acto, el mismo prelado ciñó el fajín a la santa imagen al tiempo que el capitán general ofrecía en dicha bandeja el bastón de mando<sup>25</sup>.

Un atronador ¡*Vixca la Mare de Déu dels Desemparats!* debió de poner fin a aquella ceremonia que hizo verter tantas y tan emocionadas lágrimas. Toda Valencia procuró «eternizar su gratitud hasta los últimos siglos del mundo» para que «acuerde a los venideros el singular favor de la libertad de nuestra ciudad y Reyno e inflame en sus corazones, de edad en edad, el amor filial con que Valencia no se contenta con ser tiernamente agradecida a su benignísima Madre».

Una solemne misa cantada siguió a este acto y al final fue entonado el *Te Deum Laudamus*. Durante todo el domingo quedó la santa imagen investida con las insignias que se había dignado recibir, expuesta a la pública veneración y recibiendo innumerables gracias y nuevas súplicas de sus devotos hijos.

Al día siguiente hubo de nuevo misa solemne y por la tarde fue sacada en procesión por la ciudad, tributándole por primera vez las tropas los honores de armas y disparando salvas la artillería de la ciudadela. El pueblo en masa asistía a la procesión o la contemplaba desde balcones y ventanas; los representantes del Ayuntamiento vestían traje de gala, los gremios llevaban sus banderas y estandartes y por la noche, como en las dos anteriores, hubo iluminación general y vuelo de campanas.

La procesión salió de la Catedral por la puerta de la plaza del Miguelete y por la calle de Zaragoza se dirigió a Santa Tecla, donde hizo estación ante San José y el Patrono de la Ciudad, San Vicente Mártir. Luego descendió por la calle del Mar hasta Santo Domingo, ante cuyos altares mayor, de San Vicente Ferrer y de San Luis, se detuvo; finalmente, por la calle de Trinitarios se encaminó a la iglesia del Salvador y por el Almudín a la Santa Capilla, donde se dejó la imagen<sup>26</sup>.

Al día siguiente comenzó un novenario completando la acción de gracias a la Virgen. La fiesta de San José no pudo celebrarse en su día y tuvo que trasladarse, como consecuencia de los actos en honor de la Madre de los Desamparados, al 29 del mismo mes.

Desde entonces se rinde a la Virgen de los Desamparados, Patrona de Valencia,

<sup>23</sup> AMV, D-207 (acuerdos), sesión del 13 de marzo.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> *Diario de Valencia* de 18 de marzo de 1810.

<sup>26</sup> *Diario de Valencia*, de 17 de marzo de 1810.

todos los honores que corresponden a un capitán general de su región; después de nuestra guerra civil le fueron reimpuestas sus insignias por nuestro ilustre Caudillo.

«Para recordar —dice Rodrigo Pertegás— a las generaciones futuras el memorabilísimo suceso político-religioso... aparte de las pinturas que pueden existir en casas particulares... y que, sin duda, no han sido reproducidas, se publicaron varias composiciones poéticas y unas láminas en negro y en colores... en las que aparece la Santísima Virgen, a cuyos pies se encuentran postrados una matrona que representa a Valencia y su capitán general, que en una bandeja ofrece el bastón de mando, mientras el arzobispo ciñe la faja en la santa imagen.»<sup>27</sup>

Y terminaremos ofreciendo un fragmento de una de las muchas composiciones poéticas que cita Rodrigo Pertegás en el párrafo anterior y que pertenece al ya citado D. C. E.<sup>28</sup>

«. . . . .  
El General conoce  
que una acción tan completa  
sólo tal Generala  
podiera precaverla.

La Ciudad, el Cabildo,  
el vecindario anhela  
á que GENERALÍSIMA  
sea de mar y tierra.

Así en fin se dispone;  
y con magnificencia  
hoy por tal se declara  
en una Acta muy seria.

El día de su Esposo,  
quien así nos recuerda  
que a sus intercesiones  
debe mucho Valencia.

Se la viste la Banda,  
el Bastón se la entrega,  
y por GENERALÍSIMA  
queda de mar y de tierra.»

<sup>27</sup> RODRIGO PERTEGÁS, ob. cit., p. 424.

<sup>28</sup> Se trata de la segunda parte de la que hemos citado anteriormente con el título de «Valencia agradecida...». No creemos haber exagerado al decir que eran bastante flojas; la publicación de obras como ésta sólo puede explicarse en razón de las circunstancias en que se escriben.

